

Medios públicos y la cuestión de “lo nacional”

Antonio Tenorio

0

Agradezco en todo lo que vale la invitación que tan gentilmente me ha hecho el Sistema Michoacano de Radio y Televisión, y en particular, su Directora General Asbel Guzmán, para estar hoy aquí con todas y todos ustedes. Es para mí un honor.

1

Sé que en buena medida lo que nos reúne hoy es la celebración de la fundación del Sistema Michoacano de Radio y Televisión, y me uno a ella jubilosamente. Déjenme, sin embargo, referirme, antes, a otra conmemoración, a fin de poner en contexto lo que hoy nos convoca y celebramos juntos.

Hace unos pocos días, apenas, conmemoramos en la ciudad de México los 30 años de los sismos que en 1985 sacudieron a la capital del país y, de muchas maneras, cambiaron su historia para siempre. Dos terremotos, como todos ustedes saben, sacudieron al Distrito federal, uno el 19 de septiembre, y otro menor, pero no por ello menos dañino, al día siguiente.

Nadie que haya vivido aquello, permaneció igual. Una herida honda, parecida a la que se abrió en la tierra, nos acompaña desde entonces. Mirar derruidos edificios donde íbamos a desayunar o cines en los que estuvimos.

Nunca ninguna vida pudo seguir igual, luego de participar del rescate, en cualquier forma, y la remoción de escombros mientras de pronto sonaba un silbato y había que guardar absoluto silencio, pues era la señal de que al parecer habían escuchado un grito de auxilio debajo de las toneladas de cemento. Y podía ser que sí, que sí hubiera alguien que tenía uno, dos o tres días entre la oscuridad, el polvo y el terror; o no, que no hubiese nadie y que debajo de esos escombros solo reinara la muerte, y el socorrista hubiera simplemente imaginado, esperado, ansiado, que ahí hubiera alguien vivo. Podía ser que sí, podía ser que no.

2

Cuando los terremotos de 1985, el Sistema Michoacano de Radio y Televisión cumplía un año de vida. Hoy nos reúne su aniversario número 30. Fundado en 1985, su historia corre, pues, a la par del tiempo que ha transcurrido entre la tragedia del 19 de septiembre en la ciudad de México y los tiempos que vivimos.

Los hechos por sí mismos, ya lo sabemos, no se encadenan entre sí. Somos nosotros, los seres humanos, los que los unimos y les damos significaciones equivalentes. Es cierto, en apariencia nada tendría que ver que Michoacán hubiera decidido fundar su sistema de radio y televisión pública y que un año después buena parte de la ciudad de México hubiese sido destruida por la peor tragedia natural de su historia. Son hechos totalmente distintos que, además, por si fuera poco, ocurrieron en dos lugares entre los que median más de 400 kilómetros. Y sin embargo, convencido estoy de que hay vasos comunicantes que los vinculan y que

mucho cuentan de lo que ha sido el tiempo mexicano durante las tres últimas décadas. De eso quiero hablarles, si ustedes me prestan su paciencia.

3

Como saben, lo que es hoy la ciudad de México alguna vez fue Tenochtitlán y alguna vez constituyó el corazón de la última cultura dominante antes de la llegada de los españoles. Como deben saber también, la ciudad fue levantada en el islote de un lago, en medio de un gran valle.

Y fue fundada en ese sitio porque los aztecas, pueblo que asumía haber salido de un sitio llamado Aztlán, confiaba en la profecía que indicaba que fundarían la capital de su gran ciudad, ahí donde encontrarán un águila, parada sobre un nopal, devorando una serpiente. Y así fue. O al menos, así está estampado justo al centro de la bandera nacional.

También hay un monumento, al lado del zócalo de la ciudad de México en que está recreado lo que se supone fue el momento en el que los aztecas encontraron la señal que tanto anhelaban para saber dónde fundar la capital de sus dominios. Después de todo, hay que reconocer que la prueba no era sencilla. Díganos que había una posibilidad en mil millones, y si no, vean: un águila, un nopal, un islote, un lago, un valle, una serpiente, día soleado, sin lluvia, y unos aztecas pasando por ahí... Vaya que se necesitó buena suerte para encontrarlos a todos juntos y de buen humor. Para que cada quien aceptara su papel (el de la víbora el peor de todos, aunque también hay que conceder mérito al águila que parada en una pata no se cayó, ni salió volando al ver a los intrusos)... Todos, pues, como un equipo unido,

consciente de su importante misión y dispuestos a ser para siempre jamás el escudo nacional.

Vinieron los españoles y el resto de la historia, la sabemos bien todos. Mas, lo que quiero subrayar es algo que también sabemos, aunque de ello hablamos menos: el centro, ese centro que no estaba ni siquiera en el centro del lago mismo, ese centro sería no sólo el centro de la futura ciudad, sino que se presentaría como el centro del país, como su centro, y no pocas veces, como si esa ciudad, la ciudad de México, absorbiera gente, recursos, historias y fuera por ella misma, el país entero y no solo su capital.

Vamos a México, siguen diciendo mis tías de Tehuacán, y mucha gente que como ellas viven en alguna ciudad de los estados cuando tienen que ir al Distrito Federal. Y lo dicen así, como si nada, como si no significara nada el hecho de que la capital de la República se tragó el nombre del país, como el águila la serpiente, y se adueñó de él.

Como si mis tías y tantos otros que no viven en la capital del país, fueran a México y ellos y ellas vivieran en otro lugar que no es México, porque México país fue en buena medida, durante siglos y siglos, lo mismo que su ciudad capital como si necesariamente la ciudad de México fuera o tuviera que ser un gran espejo de todo el país. Durante siglos y siglos se llamó (¿se llama?) centralismo. ¿Verdad que saben de qué hablo?

Y justo respecto de centralismos, déjenme intercalar en este punto una pequeña historia que teniendo como origen la preocupación respecto a la seguridad de un sistema centralizado de defensa militar, derivó en una de las transformaciones del mundo y la vida humana más profunda e irreversible, desde que nuestros ancestros aprendieron a dominar el fuego y se hicieron sedentarios. La invención de lo que llamamos Internet y base de lo que hemos denominado la era digital, sí, esa en la que todas y todos vivimos de manera inevitable hoy.

No contaré toda la historia de Internet y de cómo llegamos a que un teléfono pueda ser cámara fotográfica, libreta de mensajes, despertador, linterna, grabadora, modem, pantalla de televisión, radio, cámara de video...y en algunos casos, incluso se pueda hacer y recibir llamadas telefónicas. Hablaré solo de los comienzos, particularmente de la idea inicial y sus circunstancias lejanas en el tiempo, quizá, pero vividas por todas y todos en éste el presente que nos ha tocado vivir y comunicarnos unos con otros.

Diré entonces que así como los aztecas encontraron a su águila justo cuando más la necesitaban, los rusos, que por aquel entonces se llamaban soviéticos, encontraron en una perra no solo a su mejor amiga, sino a su aliada ideal en la carrera que mantenía con los norteamericanos para ver quién era capaz de llegar primero a la Luna. La perra se llamaba Laika, el mundo estaba dividido en dos, capitalistas y comunistas, había un muro que cruzaba la ciudad de Berlín, y Alemania podía tener dos selecciones de fútbol en cada Mundial, porque era dos países.

La perra se llamaba Laika y es la misma a la que Mecano, el grupo español, le hizo una canción en los ochenta. Hoy todas las sociedades de amigos de los animales hubiera protestado en Facebook, pero en los años cincuenta no había Facebook, así que el 3 de noviembre de 1957, a Laika la subieron a una cápsula espacial y se convirtió en el primer ser vivo en salir al espacio. Un año después, los soviéticos pusieron en órbita su primer satélite, el cual tenía el peso de ojiva nuclear. Las señales de pánico por un posible ataque militar desde el espacio contra Estados Unidos se encendieron al máximo.

De ocurrir, el ataque nuclear ciertamente cobraría muchísimas vidas. Y eso les importaba, seguro. Pero había algo más. Un ataque así, cortarían por completo la capacidad de Estados Unidos de activar su sistema de defensa, pues éste se hallaba concentrado y centralizado. Movidos por la paranoia, que no lo era tanto, pues la amenaza en ese tiempo era absolutamente real, los norteamericanos invirtieron millones y millones de dólares para desarrollar un sistema de intercambio de información, una red, que en lugar de estar centralizada, pudiera hacer correr la información por distintos caminos a la vez y que al ir encontrando puntos para ser relanzada en su camino, llamados nodos, pudiera regenerarse por sí misma, en caso de que alguna de sus venas, por decirlo así, era cortada.

Así nació lejanamente la idea sobre la que hasta hoy opera Internet. Una red donde no hay centro, donde cada nodo replica y genera información. Una red de redes que al no tener centro, dio paso a nuevas posibilidades tecnológicas, pero que a la vez, y es esto lo que me importa destacar aquí, abrió el camino para que en el ámbito de lo humano, no sólo fuéramos capaces de pensar y actuar en red, sino además,

modificó de modo irreversible nuestra noción de que debía haber un centro y todo lo demás crecer a su alrededor y a su ritmo. Este cambio en el mundo de las ideas, propició lo que los teóricos de los estudios culturales han definido y estudiado como el mundo donde cualquier sitio puede ser un centro (un nodo de la vida humana), un mundo en el que al no haber centros estables o perpetuos (tal como se imaginó que sería la ciudad de México), tampoco habría, hay, periferias.

5

Somos lo que hablamos. Cuando decimos, decimos mucho más de nosotros que propiamente de lo que decimos. Hablar, habla de nosotros, de quienes somos y de que ideas del mundo y de la vida nos habitan y nos constituyen en lo más hondo. Así, cuando usamos expresiones como “la provincia” o aun peor: “el interior” del país lo que en realidad hacemos es poner en palabras una concepción que supone que lo que no es “provincia” y de lo que “el interior” es interior, es de un gran centro. Un gran centro-ciudad-capital en el que están “centralizadas” (perdón por la redundancia) todas las ventajas del progreso.

Las palabras no dan lo mismo. Albergan mundos, concepciones, ideas de la vida y el mundo. No son simples herramientas comunicacionales. Por eso, no es casual que sea justo desde más o menos los años 80 del siglo pasado, el 20, que comenzó a afianzarse llamar a los estados, así, estados de la República, no en su uso formal o jurídico, sino como una práctica habitual, común. Estados o entidades de la República, emergió como un modo de nombrar, pero poco a poco también como una realidad palpable en distintos aspectos. Hasta llegar a una relación que si bien

mantiene rasgos de centralismo, coloca en la actualidad a las entidades en una situación más equitativa.

Está lejos de ser un hecho azaroso observar cómo a lo largo de estas tres décadas los diferentes sistemas de radio y televisión estatales se han desarrollado. Unos con más recursos, otros con mayor estreches. Mas no hay a la fecha una sola entidad que no cuente con su propia radio y televisión pública. Paradójicamente, fue la ciudad de México, que no acaba de convertirse en estado, la que más tarde llegó a esta cita. Su radio trasmite por Internet, y su televisión tendrá que esperar a que el Distrito Federal entre a la etapa de la televisión digital para tener un alcance real.

Habitados como estamos a medir el tiempo en los nanosegundos que tarda una página en abrir o un twitter en actualizarse, 30 años parecen una barbaridad de tiempo. Y lo es. Pero de modo simultáneo, representa un largo camino en el que los soviéticos se hicieron rusos, Alemania ya solo puede enviar un equipo al Mundial (claro, con eso le basta para ganarlo), aparecieron los fundamentalismos y la violencia social, a la par que por fin los estados son cada vez más estados, con su comida, con sus acentos, con sus lugares y sus tradiciones, con su diversidad étnica y lingüística.

Un camino en el que, aunque suene extraño ahora, en la medida en que el país se abre a su propia pluralidad y diversidad, en la medida en que el centro se desmiembra, un poco porque es herido por los sismos del 85, otro poco porque la realidad nacional y la propia configuración de la era digital así lo impulsa, más rica parece la variedad de expresiones culturales que la nación ofrece. Dejamos de ser

el país de solo los mariachis, de solo el mole poblano, de solo el tequila o de solo la ciudad de México como ciudad cultural, para ofrecer hoy nodos, centros, que sin renunciar a su historia y composición, ofrecen: el mejor festival de cine del país, Morelia, la mejor feria del libro, Guadalajara, el mejor festival cultural, Guanajuato, el mejor encuentro vitivinícola gastronómico, Ensenada, y así podría yo seguir.

Los sistemas estatales de radio y televisión han acompañado, atestiguado e impulsado desde sus propias circunstancias y posibilidades esta historia que sin dejar de ser su historia, es una historia diferente de sus entidades respecto a la manera cómo la nación se construyó alrededor de un solo punto de referencia: la ciudad de México. Por eso hay que celebrar, impulsar y expandir esta experiencia acumulada en los sistemas estatales, al grado de pensar, por qué no, que están en condiciones, como cualquier sistema, en convertirse en sistemas de alcance nacional y de proyección internacional.

6

¿Qué es hoy lo nacional? Está claro que lo que consideramos nacional durante el siglo 19 y 20, al menos, era lo que estaba en la ciudad de México. Les pongo un ejemplo que les resultará cercano. Y un par más. ¿Se han preguntado por qué si Morelia, o Valladolid, si prefieren, contaba con el Conservatorio de las Rosas desde 1743, se decidió llamar Conservatorio Nacional de México, aquel que hasta hoy mantiene su nombre y cuyos 150 años de fundación se celebrarán el año próximo? ¿O por qué si hasta hace muy poco solo tenía sede y planteles en la ciudad de México, al Instituto Nacional de Bellas Artes, lo llamamos “nacional”? O,

poniéndonos puntillosos y sin demérito del enorme y genial Carlos Chávez, fundador de nuestra Orquesta Sinfónica Nacional, le asignamos esa condición de representación de lo nacional, acaso en ellas hay músicos de toda la República, ¿es una orquesta a la que se sumen los mejores de todas las orquestas de los estados? Pues no. Ni tampoco con la Compañía Nacional de Teatro, ni con la de Danza. La UNAM y el Politécnico que ostenta también el señalamiento de nacionales, lo han comenzado a ser apenas hace un par de décadas.

La responsabilidad no es de nadie en particular, se trata, más bien, de la expresión del modo en que se construyó el país. Lo nacional era nacional porque lo acogía la ciudad de México y lo proyectaba, como motivo de orgullo al extranjero. Lo nacional era nacional en la ciudad de México, porque ésta recibía a los jóvenes y no tan jóvenes de todo el país y era capaz de brindarles mejores opciones de vida y bienestar. La UNAM o el Poli eran nacionales porque en un sólo salón podía haber estudiantes de 15 o 20 estados de la República. Del mismo modo que Bellas Artes, el Teatro, ha sido siempre nuestro Teatro Nacional, porque su majestuosidad es un orgullo de toda la nación.

No condeno el pasado, solo trato de explicarlo con ustedes. Y sobre todo, intento volver a la pregunta: ¿Qué es hoy, en el mundo y la realidad en red, en la experiencia de la vida donde una empresa de cines no tiene que nacer forzosamente en la capital del país, en las mentes que piensa en forma horizontal y comprenden lo que les rodea no en centros y periferias sino como un mapa de nodos, qué es, qué significa lo nacional, cuál su alcance, qué lo constituye?

7

Soñamos alguna vez con todo aquello que representara eso que nombrábamos modernidad estuviera en un solo lugar. Que los edificios más altos y modernos, que los cines más grandes y modernos, que las calles más anchas y modernas, que los estadios más impresionantes y modernos, todo estuviera en un solo sitio, sí, ahí donde como dice la canción ranchera: donde el águila paró y su estampa dibujó en el lienzo tricolor.

Tanto así que cuando sobrevino la tragedia en pérdidas de vidas que significó el terremoto del 85, ocurrió algo que hoy nos puede parecer absolutamente inverosímil: la ciudad de México desapareció de los radares de la Nasa, de los satélites espías soviéticos, simple y literalmente, se esfumó, estaba incomunicada por completo. El edificio orgullo de nuestra modernidad tecnológica y comunicacional que albergaba nuestro sistema centralizado de comunicaciones y que, aunque parezca chiste, se encontraba en una calle que se llama Eje central, colapsó. Por un momento, y sobran testimonios en el extranjero que dan cuenta de ello, pareció como si a la ciudad de México se la hubiese tragado la tierra. Casi. Pero no.

El terror de los norteamericanos, despertado por Laika, se cumplía, toda proporción guardada, en los afanes centralistas modernizadores que caracterizaron todos los aspectos de la vida mexicana hasta 1985, para bien y para mal. Así.

Este, nuestro país que como prácticamente todos en Latinoamérica nació a la vida independiente en el siglo XIX bajo la pregunta de qué es aquello donde se concentra

lo que somos nosotros, dónde reside esencialmente eso que nos iguala entre nosotros y nos distingue de los demás. La reivindicación de lo que en el Siglo XIX se llamó los tipos nacionales, sumado a esa construcción de escenas y lenguaje que tan bien ilustró la literatura nacional y nacionalista, a la vez, didáctica y moralizante, a la vez.

Vino el siglo XX y a decir de muchos a él entramos sabiéndonos una nación, por fin liberada de la pesadilla de haber perdido la mitad del territorio, del sobresalto continuo y de la fragilidad perpetua, solo para encontrarnos con la guerra civil: La revolución mexicana. Un millón de muertos, en un país que tenía diez millones de habitantes. Un millón de muertos, el 10% de la población fue parte del precio pagado para entrar al siglo XX, diez, veinte años tarde y con una nación por reconstruir.

Y entonces aparece la ciudad espejismo y espejo, al mismo tiempo; la ciudad de la grandeza colonial, del mito fundacional, la ciudad que no deja de crecer, de recibir y de albergar a todo cuanto llega, pero sobre todo, que no deja de albergar la esperanza de toda una nación, de representar sus anhelos, sus desesperados anhelos de ser, o al menos parecer modernos; aunque cierto es que nunca, ni aun en los años de mayor industrialización y mayor expansión de la ciudad de México, hemos terminado de ser tan modernos como quisimos creer.

En esas estábamos, cuando algo comenzó a resquebrajarse en 1976, se acentuó en 1982 con crisis recurrentes y el amargo despertar de una abundancia petrolera prometida, cuando llegó 1985. Debajo de la apariencia de asfalto, cemento y vidrio había suficiente lodo como para hacer catapultar edificios enteros, con olas mortales

formadas por el doble movimiento oscilatorio y trepidatorio de la tierra. Nada volvería a ser como antes.

8

El surgimiento de la red abrió el mundo y a la larga diluyó las fronteras en un doble movimiento: De la combinación de las palabras global y local, surgió el concepto de lo “Glocal”, es decir, aquello que sin necesariamente pasar por lo que antes eran los epicentros, toca y convive con lo global. Siendo niño, si me dejan contarles, soñaba como muchos en ser piloto. Nadie de mis amigos con quien compartía ese sueño, nos hubiésemos imaginado que para una persona que vive en Morelia es más fácil ir a Tokio saliendo del aeropuerto que une a Guanajuato y León, que pasar por el Distrito Federal.

El otro fenómeno que se une a lo “Glocal” como espíritu de época es la certeza de que vivimos hoy el tiempo de lo postnacional. No porque las naciones, o eso que insistimos en llamar lo nacional, haya desaparecido, sino porque por una parte el movimiento de personas, mercancías, ideas, imágenes e información entre lo que antes fueron naciones con fronteras sólidas abre la posibilidad real y auténtica de que cualquier sujeto desde casi cualquier punto se pueda sentir y asumir como un ciudadano conectado real y virtualmente con el resto del planeta.

Pero además, porque lo postnacional se refiere a que en nuestra época existen corporaciones comerciales, marcas, conglomerados mundiales que cuentan con mayores recursos que países y regiones enteras. Procter&Gamble tenía hasta 2014 180 marcas en 160 países del mundo, y generaba más de 55 mil millones de dólares

al año. Es el país Procter, donde tengo muchos amigos y amigas que luego de trabajar para la compañía se casan entre ellos y como los menonitas con sus quesos, los de Procter salen a otros lugares a vender sus rastrillos Gillete o su detergente Ariel.

En ese contexto, entre lo glocal y lo postnacional, nunca como ahora el mundo fue genuinamente tan diverso y con tantas posibilidades de compartir con otros los rasgos locales y regionales de identidad. Pero nunca como ahora, tampoco, fue tan claro el peligro de la uniformidad y la repetición de modelos asépticamente universales que arrasan con lo propio.

Nadie propone regresar al catecismo nacionalista del siglo XIX o a las arengas antiimperialistas del XX, pero tampoco se puede ser tan ingenuo como para no percatarse de lo que los datos acaban refrendando, frente a la inmensidad y hondura de Internet, frente a los miles de millones de páginas que ofrece, el juego, el juego de verdad, se termina decidiendo entre 5 sitios, sí, 5 sitios que controlan el flujo de la información a nivel planetario: Google, Facebook, Yahoo, Microsoft, y alguno otro que entra y sale cada par de años.

Llego al final de la charla. Eso que los comunicólogos llaman la pulverización de las grandes audiencias y que va de la mano de la multiplicación de la oferta de contenidos, tiene su correlato a nivel de la conformación de las ciudades y las regiones. Nunca más el canal 2 volverá a registrar 45 puntos de rating compitiendo solo contra otras 4 opciones, ni nunca más la XEW presumirá sus 100 mil watts de potencia queriendo dictar la música verdaderamente mexicana desde la calle de

Ayuntamiento en el centro de la ciudad de México. De ese mundo, al igual que aquel que el terremoto de 85 hizo venirse abajo, no existe más que en el recuerdo de quienes tuvimos una tele en blanco y negro con 5 canales, no más. Y así fuimos felices, o eso creíamos, al menos.

La tecnología, ha dicho Manuel Castells, uno de los sociólogos de nuestro tiempo que más sabe sobre esto, la tecnología no es buena ni mala, pero tampoco es neutral. A los jóvenes de mi generación nos tocó mirar de cerca cómo un mundo anterior se sacudía en no poco sentido se venía abajo; vimos también la primera vez que un candidato a gobernador de un partido diferente al que gobernaba se alzaba con el triunfo y vimos surgir el Walkman y los videos.

A los jóvenes de esta generación les ha tocado ser protagonistas directos de la era digital siendo ellos mismos prosumidores, para usar la palabra con la que Alejandro Piscitelli nombra a quienes consumen contenidos y al mismo tiempo los producen directamente. Ven Youtube y son videobloggers, escuchan Spotify y suben listas, se ríen con algunos memes y literalmente fabrican otros. Hoy, la gran productora de contenidos es la sociedad y lo hace de manera directa.

A tres décadas de distancia, la ciudad de México participa, junto con el resto del país, en un macrosimulacro que pretende prepararnos frente a otro posible desastre natural de grandes proporciones. Mas donde no puede haber simulacros, sino acciones efectivas, es en el doble reto que para los medios públicos de los estados significan ya, y significarán aun con mayor fuerza en los años inmediatos, dos desafíos: Uno, asumirse como emisores desde el centro que constituye cualquier

punto del país, de lo nacional; así, ni más ni menos. El otro, incorporar a su noción convencional de contenidos producidos y controlados por profesionales aquellos contenidos que la sociedad produce directamente, venga o no de profesionales; así, ni más ni menos.

De tal suerte que, a 30 años de distancia, asumir que desde y en cualquier punto de la nación está lo nacional y puede y debe ser replicado como nacional, a la vez que incorporar que toca hoy como a nadie a las instituciones que son de los contribuyentes, visibilizar lo que la propia sociedad produce, redundará en una ecuación muy propia de este siglo XXI que avanza hacia su segunda década: Lo nacional no es una esencia, sino un hacer, un concebir y un convivir que como la hierbabuena solo necesita un pequeño trozo de tierra fértil para darse donde sea, y es a tierra fértil y pródiga es, sin duda alguna, nuestras y nuestros jóvenes haciendo, concibiendo, conviviendo y produciendo contenidos que los narran y que nos narran, que son testimonio de nuestro tiempo y anuncio de lo que viene.

El tiempo, me refiero al tiempo al aire, claro, es de ellos; ellos son los protagonistas. Como alguna vez, en Morelia, fundando este gran Sistema y en la ciudad de México, acarreando escombros y salvando sobrevivientes bajo los escombros, otros jóvenes, hace treinta años, justos, lo fueron. Así.

Muchas gracias por su tiempo y paciencia

